



DEVENIR

En una de las encrucijadas del Tiempo y del Espacio surgió cierto día un pequeño núcleo de población.

Lo sabemos por rancios cronicones de épocas pretéritas.

Era un pueblo pequeño, sin poder y sin riquezas. El reyezuelo de la comarca le asignó algunos privilegios para fomentar su crecimiento y después se olvidó de su obra, dejando a los habitantes desenvolverse al amparo de su propia evolución. Era una época difícil e ingrata, y aquel pueblecito dependía para todo de poderosas e influyentes ciudades vecinas.

Nadie concedió importancia a su fundación.

Y se sucedieron largos períodos de tiempo. Y fueron desliziéndose los años y los siglos.

Y a lo largo de todo este ciclo, aquel insignificante conjunto de débiles casitas obró cual pequeña semilla de frondosa planta que llevara en sí misma un germen de grandeza.

Evolucionó lenta y silenciosamente. Apenas si la Historia registró las huellas de su paso por el Tiempo.

Pero fue creciendo.

Un día cerró su recinto con fuertes murallas; otro día alzó al cielo la torre de maciza iglesia románica. Y, en un momento dado, consiguió crear en su puerto un punto de reunión de navíos arribados de tierras remotas. El pueblo agrícola adquiría así fuerte color comercial.

Se atrevió a más: construyó naves y surgió la Industria.

Iba llegando a su apogeo, mientras algunos de sus vecinos iniciaban el curso de su decadencia.

En esto, cambiaron las circunstancias. Avatares geológicos retiraron el mar, secaron su rada, y fue abandonado para siempre por las blancas velas de exóticas naos. Pero la fuerza vital sembrada en los lejanos tiempos de la fundación y contenida en el exiguo puñado de sus primeros pobladores no dejó de fructificar.

Llegaron otros tiempos y advino la revolución industrial. Pueblos de prosperidad agrícola, carcomidos por el quietismo y la rutina, cayeron. Pero éste supo amoldarse a la nueva situación. Trocó en factoría el taller artesano e inició una nueva etapa.

Estamos en la época actual. Ya no existen las murallas

que circundaron su perímetro. Las construcciones modernas han rebasado las casitas de labor y los viejos caseríos rurales. Las calles antiguas se apiñan, todavía, alrededor de la iglesia, desprendiendo aún tenues efluvios medievales. Y, sobre esta mezcolanza de arcaísmo y novedad, la atmósfera se impregna del humo de las fábricas y el ambiente se puebla de zumbidos de motor.

Es que se ha lanzado, sin vacilar, por el camino de la industria. Falto de elemento humano propio, pide a otras regiones los brazos que le son indispensables para mantener su ritmo de expansión. Las fábricas dominan su panorama y sigue su evolución.

Su fisonomía se ha modificado.

Aquel poblado inicial, en yermo y pobre paraje, ha alterado sus características. Desparramó por el valle nuevas construcciones y creó barrios apartados de su centro.

A su zona de influencia se incorporan otros núcleos que aparentan hacia él cierta dependencia.

Mas la lucha es dura. En su forcejeo de siglos, la erosión de las vicisitudes le ha hecho perder en carácter lo que ha ganado en prosperidad.

Y, a su vez, comienza a sentirse un poco feudatario de la capital de la región. Lentamente adquiere tintes de arrabal y empiezan a cubrirle las sombras del suburbio.

Y el Tiempo y el Espacio crean otra encrucijada. En la intersección, el pueblo. Y en el pueblo, las inquietudes duermen, arrulladas por el bordoneo de los motores.

¿Prosperidad proletaria o tranquilidad de aldea? No. Hay un término medio.

Entre la concentración fabril y la verde campiña puede haber amalgama. Pero hay que buscarla en sus justas proporciones.

Aquí termina la Historia y comienza la Actualidad.

La Actualidad carece de perspectiva y en ello radica la dificultad de maniobra.

El pueblo antiguo de limpia ejecutoria está llamado a una decisión.

Que no sea la dictada por el quietismo...

A T E A K